

Eileen Chang

Incienso

Traducción del chino de Anne-Hélène Suárez

Con la colaboración de Qu Xianghong

Primera edición, 2019

Título original: *Chenxiang xie diyi luxiang / Chenxiang xie dier luxiang*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1943, by Eileen Chang.

Originally Published in Chinese by Crown Publishing Company, Ltd., Taiwan.
All Rights Reserved.

© de la traducción, Anne-Hélène Suárez, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © wangjia

Fotografía de la autora: © Roland Soong y Elaine Soong

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-00-9

Depósito legal: B. 22.867-2019

Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.

Impreso en España — Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Índice

PRIMER INCENSARIO	7
SEGUNDO INCENSARIO	107

Primer incensario

Busque, por favor, en su casa, un incensario de familia, de bronce jaspeado de cardenillo, llénelo de virutas de agar, enciéndalo y escúcheme contarle una historia del Hong Kong de antes de la guerra. Cuando el incienso haya acabado de arder, mi historia también habrá terminado.

Al principio de la historia, Ge Weilong, una joven shanghaiana normal y corriente, se encontraba en la veranda de una gran mansión situada en la falda de una montaña; tenía la mirada perdida a lo lejos, hacia el jardín. Llevaba ya dos años en Hong Kong, pero los lujosos barrios residenciales de las laderas seguían resultándole bastante insólitos. Era la primera vez que iba a casa de su tía. El jardín no era más que un rectángulo de césped rodeado de un murete de mármol blanco con diseño de esvásticas,* más allá del cual se extendía el monte agreste. El jardín parecía una bandeja de laca

* El carácter *wàn*, 卐, pronunciado igual que *wàn* 萬 (10.000, la infinitud de las cosas de este mundo), es un término y símbolo auspicioso que aparece en el diseño de numerosos objetos y tejidos. En este contexto, no tiene nada que ver con su sentido en la Alemania nazi. (N. de la T.)

dorada suspendida en el aire, en medio de las montañas. También tenía una hilera de arbustos perennes impecablemente podados y, espaciados, un par de macizos de espléndidas rosas inglesas, todo ello cuidadosamente dispuesto en perfecto orden, como la pálida pintura detallista de una bandeja de laca. En una esquina del césped, una diminuta azalea estaba en plena eclosión, con flores de un rosa levemente dorado, un luminoso tono camarón. De muros adentro, la primavera holgazaneaba; pero «la menor chispa puede incendiar la pradera», y la primavera del jardín se había propagado de muros afuera cual reguero de pólvora, abrasándolo todo monte abajo con azaleas silvestres de un rojo resplandeciente. Más allá de las azaleas se extendía el mar, de un azul intenso, donde fondeaban grandes navíos blancos. Aquí no solo los fuertes contrastes cromáticos daban al espectador una vertiginosa sensación de irrealidad; los contrastes estaban por todas partes: todo tipo de ambientes de lugares y épocas dispares componían una forzada amalgama que creaba una especie de territorio extraño e ilusorio.

La casa blanca en la falda del monte poseía una forma aerodinámica y una estructura geométrica como las de las salas de cine más modernas; en cambio, la cubría un tejado a la antigua usanza, de tejas esmaltadas en color esmeralda. Los cristales de las ventanas también eran verdes, con marcos de un amarillo crema ribeteados en rojo y unas rejas ornamentales de hierro pintadas a juego. Una espaciosa veranda con suelo de ladrillo rojo rodeaba la casa; sus imponentes columnas de piedra blanca, de unos ocho metros de altura, recordaban a las antiguas mansiones sureñas de Estados Unidos. Bajo el

porche, una puerta acristalada daba a un salón con decoración cubista al estilo occidental, aunque adornado con esos objetos chinos de un *buen gusto* tan común: en la repisa de la chimenea se alineaban tabaqueras de jade verde esmeralda y una escultura en marfil de la diosa Guanyin; delante del sofá se abría un pequeño biombo de bambú moteado. Sin embargo, el poco sabor oriental allí presente estaba claramente destinado a los amigos extranjeros. Si los ingleses venían de tan lejos para visitar China, qué menos que darles algo chino que ver. Pero la China de allí era la del imaginario occidental: extravagante, exquisita, grotesca.

Ge Weilong atisbó su propio reflejo en la puerta acristalada: ella también formaba parte del color local propio de las colonias, con su uniforme de alumna del instituto Nanying, compuesto de una túnica de percal azul turquesa hasta las rodillas y, por debajo, un pantalón estrecho como los que se llevaban en las postrimerías de la dinastía manchú de Qing. Vestir a las estudiantes al estilo de la antigua cortesana Sai Jinhua había sido una de las muchas medidas tomadas por las autoridades de Hong Kong para agradar a los visitantes occidentales. Aun así, a Weilong, como a las demás jóvenes, le gustaba ir a la moda, y llevaba un chaleco corto de punto por debajo del cual sobresalía gran parte de la túnica, lo cual resultaba todavía más disparatado.

Frente a la puerta acristalada, Weilong se alisó la ropa, se atusó el pelo. Tenía la cara pequeña y aniñada, sin relieve pero bonita; ahora este tipo de rostro en forma de borla de plumón ha quedado anticuado. Sus ojos gráciles, con un delicado pliegue en los párpados, se alargaban hasta las sienes. La nariz era fina; la boca, pequeña

y carnosa. Quizá su fisionomía pudiera resultar un tanto inexpresiva, pero precisamente ese aire reservado la dotaba de una dulzura y una gentileza que recordaban a la China antigua. Había lamentado tener la tez tan blanca, y deseado de todo corazón broncearse para corresponder al canon de belleza saludable de los tiempos modernos, pero al llegar a Hong Kong se fijó en que la mayor parte de las bellas cantonesas tenían la tez aceitunada. Y en el instituto Nanying, como lo excepcional era valioso, no faltaba quien admirara la blancura de su piel; incluso alguien había emitido este juicio: si las bellezas del sudeste, de mirada profunda y pómulos altos, eran chuletitas de cerdo caramelizadas, las shanghaianas eran suaves filetes de panceta empanada y cocida al vapor. Mientras Weilong se contemplaba, esa impertinencia regresó a su memoria. Se volvió, con las cejas fruncidas, y se apoyó de espaldas a la puerta acristalada.

En casa de su tía, las doncellas y sirvientas parecían adecuarse todas ellas al personaje de criada bonita y pizpireta, de la categoría «chuletita de cerdo caramelizada»; calzadas con sandalias de madera, iban y venían por la veranda repiqueteando con las suelas. De repente, Ge Weilong oyó a una de ellas preguntar zalamera:

—Didi, ¿quién está en el salón?

—Creo que es una parienta de la joven señora —contestó Didi.

Por la voz, Didi debía de ser la que acababa de servirle el té, de cara ovalada y cintura cimbreante. Aunque llevaba, como las demás, una trenza en la espalda, un suave flequillo le caía sobre la frente. Weilong se extrañó: ¿a quién se refería el título de «joven señora»? No había oído decir que su tía tuviera un hijo, así que ¿de

dónde saldría esa nuera? ¿O acaso se trataba de su propia tía? Desde que había pasado a ser la cuarta concubina de Liang Shiteng, un rico hombre de negocios cantonés, había roto las relaciones con su hermano, el padre de Weilong, y ya no se hablaban. Todo eso había ocurrido antes de que naciera Weilong, pero ella había oído hablar mucho, en casa, de su tía, que era dos años mayor que su padre y que, por lo tanto, tenía más de cincuenta años. Si las doncellas seguían llamándola «joven señora», sin duda llevaban muchos años a su servicio.

—¡Ya es raro que la joven señora salga tan temprano!
—comentó Didi interrumpiendo sus cavilaciones.

—¡Hum! —exclamó la otra—. Seguro que es ese demonio de decimotercer señorito Qiao, que ha dicho que se la llevaba a Repulse Bay a darse un chapuzón.

—¡Ah, ya! Entonces ¡a saber a qué hora volverá!
—exclamó Didi.

—¡Y que lo digas! —repuso la otra—. Después del chapuzón, se van al Lido a cenar y a bailar. Esta madrugada, ni había amanecido siquiera cuando me mandó traerle un vestido de noche y los zapatos plateados: quería llevárselos para cambiarse luego.

Didi lanzó una risita ahogada.

—¡Con la de estropicios que ha causado ese niño Qiao! Yo creía que la joven señora habría desistido, pero ya veo que él, por muy listo que sea, ha acabado cayendo en sus manos.

—¡Ya está bien! —dijo la otra—. Déjate de cháchara, que hay gente.

—¡Pues le decimos que se vaya! No vamos a dejarla esperar para nada, que eso da mal karma —respondió Didi.

—¿Y a ti qué más te da? ¿Dices que es de la familia de la joven señora? Pues yo creo que habrá venido a darle un sablazo, así que no hace falta andarse con tanta consideración.

Didi se quedó callada un buen rato.

—Aun así, más vale que le digamos que se vaya —dijo al fin, risueña, atiplando la voz—. En cualquier momento llegará el ruso que afina el piano.

La otra dio una palmada con una risa ahogada de gallina clueca:

—¡Tú lo que quieres es vaciar la sala para poder ton-tear con Alexander Alexándrovich! ¡Por eso ahora sales con sermones, haciéndote la niña buena que no quiere dejar que las visitas se queden plantadas! ¡Ya decía yo que había gato encerrado!

Didi la persiguió para golpearla. Se oyó una andanada de manotazos.

—¡El hombre noble recurre a la palabra, el villano recurre a la violencia!* —chilló la otra.

Didi lanzó a su vez una sarta de quejidos.

—¡El villano usará las manos, pero la que usa las pezuñas es la burra perdida! ¡Serás burra! ¡Hasta das coces de verdad!

Apenas había acabado la frase cuando una primorosa sandalia de laca roja con ramas de ciruelo doradas entró en vuelo directo por la puerta abierta y fue a dar de lleno en la rodilla de Weilong, que se dobló de dolor, frotándose la pierna. Cuando levantó la cabeza, vio a una doncella, morena pero bonita, cual gallo de combate con el espolón en alto, entrar a la pata coja, calzarse

* Proverbio de Confucio. (*N. de la T.*)

la sandalia y salir pavoneándose, con la cabeza bien alta y sin dirigirle ni una mirada.

Weilong no pudo evitar enfurecerse; entonces recordó el refrán: «Más vale ver al diablo que tratar con sus demonios: cuando cruza el umbral, todos se inclinan». Eso era lo que había que soportar cuando se venía a pedir algo. En vista de lo ocurrido, ese día no había nada que hacer, ¿para qué seguir allí, fastidiando a los demás? Por otra parte, habiendo venido a la montaña desde tan lejos, habiendo tenido que mentir para conseguir un permiso en el instituto... ¿Podría faltar un día más a clase? Además, nada garantizaba que su tía fuera a estar en casa al día siguiente, y el asunto que la había traído no era como para llamar por teléfono para concertar una entrevista.

«Bueno, ¡pues me voy!», se dijo después de dudar un buen rato. Al salir por la puerta acristalada, vio justo enfrente a Didi apoyada en una de las columnas de piedra blanca, con una pernera del pantalón remangada, masajeándose la pantorrilla todavía enrojecida en la parte que había recibido las patadas. La morena se asomó al extremo de la veranda y se esfumó de inmediato.

— ¡No huyas, Nini, que quiero ajustar cuentas contigo!
— exclamó Didi.

— ¡Ni que tuviera yo tiempo para tonterías! — respondió Nini entre carcajadas—. Si te gusta tanto enredar, espera al diablo ruso y enredas con él.

Didi la llamó deslenguada entre dientes, aunque sin poder reprimir la risa. Luego se volvió y vio a Weilong.

— ¿No se queda?

— No, no me quedo — dijo Weilong sonriendo—. Ya vendré otro día. ¿Le importaría acompañarme al jardín para abrirme?

Cruzaron el césped hasta la pequeña verja de hierro forjado pintada de verde. Debido a la humedad del clima, en Hong Kong las mansiones de las familias ricas suelen edificarse sobre unos cimientos de piedra de una docena de metros, de ahí que, una vez cruzada la verja, hubiera que bajar una larga escalera de caracol para llegar a la carretera. Didi estaba tirando del pestillo cuando abajo sonaron varios bocinazos. Como surgida de la nada, Nini se deslizó entre Didi y Weilong y —¡clac, clac, clac!— bajó como una exhalación la escalera de piedra exclamando alborozada:

—¡La joven señora ha vuelto! ¡La joven señora ha vuelto!

—Pues vaya cosa —dijo Didi sarcástica, encogiendo los hombros—. Yo no pienso descalabrarme para llegar antes. Somos igual de esclavas la una que la otra, pero yo no me rebajo a esas vilezas —añadió antes de dar media vuelta y volverse por donde había venido.

Weilong se había quedado plantada junto a la verja, sin saber qué hacer. El jaleo armado por Nini la había dejado un tanto confundida. Sujetando la cancela, miró abajo: la portezuela del coche se abrió y salió una mujer joven, menuda y grácil, vestida a la occidental, de negro de pies a cabeza, con un sombrero de paja a juego y un velo verde en el cual había prendida una arañita de esmeraldas, del tamaño de una uña, que espejeaba al sol sobre su mejilla, ora destellante como una lágrima a punto de caer, ora opaca como un lunar. El velo de la dama, de un par de metros de longitud, la envolvía como un chal y flotaba sobre sus hombros. No se veía bien al conductor del coche, parecía un hombre joven; se asomó para despedirse, pero la dama irguió la cabeza y empezó

a subir la escalera, donde Nini llevaba ya un rato esperando para darle la bienvenida.

—¿No sube el decimotercer joven señor Qiao a tomar una cerveza? —preguntó radiante.

—¿Quién tiene tiempo que perder con tonterías? —respondió la dama.

Al oír el tono contrariado de su señora, Nini dejó inmediatamente de sonreír y le cogió la maletita de mimbre.

—¡Estará cansada! ¡Qué temprano ha vuelto! —musitó.

La dama se volvió a mirar el coche, que ya se alejaba, y escupió al suelo con fuerza.

—¡Eso, vete de una vez! —incurrió—. ¡Y ni se te ocurra volver! ¡Lo nuestro se acabó!

Viendo que estaba realmente furiosa, Nini ya no se atrevió a intervenir. La dama la miró un instante, inicialmente sin dignarse a desahogarse con ella, un tanto aturdida.

—No te lo vas a creer, Nini —dijo al fin con una sonrisa amarga—. Si ha venido con tanta prisa al amanecer, a proponerme ir a la playa, ha sido para usarme de tapadera. Lo que quería era invitar a Marlene Zhao, pero esas familias cantonesas son tan chapadas a la antigua que temía que el padre no le diera permiso; y claro: si había una mayor para vigilar, el tesorito de los Zhao tendría protección. ¡Y va y me confiesa sus intenciones!

Nini se apresuró a mostrar su indignación con un pataleo.

—¡Maldito sea ese Qiao! —exclamó.

La dama ni siquiera le prestó atención.

—He propiciado muchos encuentros galantes —dijo,

recuperando el aliento tras una pausa —, pero ese Qiao tendría que habérmelo planteado con claridad, en lugar de tratar de engañarme. Que he tratado a muchos hombres y, cuando un hombre se fija en mí, no puede fijarse en otra. En cualquier caso, si lleva la opereta hasta la escena del noviazgo clandestino en el jardín de atrás, no seré yo quien haga de carabina. ¡Ni que fuera una comparsa! ¡Bastardo Qiao, por mucho que tu padre haya conseguido un título de *sir* lamiendo las botas a los ingleses, tu madre no deja de ser una ramera portuguesa salida de a saber dónde, alguna cajera de casino de Macao! ¡Serás granuja, mira que intentar embaucarme a mí, ni más ni menos!

Mientras iba desgranando agravios echó atrás el velo por encima del sombrero con un gesto enérgico y empezó a subir las escaleras. Weilong pudo por fin ver su rostro, ligeramente ajado al fin y al cabo: el maquillaje blanco traslucía una tez grisácea; el violeta oscuro de sus labios era el *Rouge mûre* que acababa de salir en París esa misma temporada. Aun así, Weilong reconoció sus ojos adormilados. En el álbum de su padre había un retrato familiar, todo amarillento pero cuidadosamente conservado, donde había visto esos mismos ojos. Su belleza se había marchitado, pero sus ojos habían quedado intactos. A Weilong el corazón le dio un vuelco y le ardieron las mejillas.

—Por muy listo que se crea ese Qiao —oyó decir a Nini, que seguía a su tía—, no le llega a usted ni a la suela de los zapatos. ¿De verdad se creía que usted lo acompañaría a buscar a la señorita Zhao?

Al oír estas palabras, la expresión de la dama resplandeció.

— ¡No soy tan boba! Cuando estábamos en el coche y me dijo eso, le respondí: «¡Muy bien, vamos a buscarla! Pero que conste que ser tres puede quedar raro, mejor que busques a alguien más para que venga con nosotros». Dijo que sí, que de acuerdo, pero que prefería ir primero a buscar a Marlene y luego a otra persona, para evitar que al señor Zhao le pareciera sospechoso ver a dos parejas. Entonces le dije: «¿Para qué complicarnos la vida? Que se venga el señor Zhao con nosotros, ¿no es lo mejor? No sé nadar, él tampoco, así tendré compañía para tomar el sol en la playa». Qiao se quedó un buen rato sin decir ni mu, y al final contestó: «Dejémoslo. Mejor nos quedamos tú y yo solos, tranquilamente.» Dije: «¿Qué te pasa?», pero él siguió conduciendo, callado. Cuando vi que estábamos a punto de llegar a Repulse Bay, fingí una insolación, lo cual lo obligó a dar media vuelta y regresar sin parar ni un momento. Como estaba agotado y sudoroso, quiso detenerse a tomar un refresco, pero le dije que no; así, al menos, me he desquitado.

— ¡Qué a gusto se habrá quedado, joven señora! —dijo Nini dando palmadas—, lo tiene dominado. Pero entonces, supongo que su invitación a la recepción de mañana queda anulada. ¿Hay que buscar a alguien para sustituirlo? Espero las órdenes de la joven señora.

La dama ladeó la cabeza.

— ¿A quién puedo invitar? —dijo tras reflexionar un instante—. Los oficiales ingleses solo vienen por mis licores; pero tienen mal vino, en cuanto beben tres copas se ponen como cubas. Ah, por cierto, recuerda: que no vuelva a venir el teniente del ejército de tierra, que cuando se emborrachó estuvo persiguiendo a Didi por todas partes; ese hombre no tiene modales.

Nini iba asintiendo sin parar.

—¿Ha llamado *sir* Qiao Cheng? —preguntó la dama.

—No lo entiendo —contestó Nini con un gesto negativo de la cabeza—. Antes, cuando vivía el señor, los Qiao al completo, jóvenes y viejos, se pasaban el día llamando, intrigando en secreto para poner en apuros a la joven señora. Las doncellas vivíamos en vilo, temiendo que el señor se enfureciera si se enteraba. Y ahora que ya tienen vía libre, se vuelven altivos y arrogantes.

—¿Qué es lo que no entiendes? Son rastreros por naturaleza, y punto. Solo disfrutaban haciendo las cosas a hurtadillas.

—Joven señora, debería usted buscar a un hombre adecuado y casarse —opinó Nini—. ¡Se morirían de envidia!

—¡Bah! ¡Otra vez con esas tonterías! —replicó la dama—. Te diré una cosa...

Llegó entonces a lo alto de las escaleras y, al descubrir la presencia de la desconocida junto a la verja, dejó la frase en suspenso.

Armándose de valor, Weilong dio un paso adelante y saludó a su tía. La señora Liang alzó la barbilla y la miró entornando los ojos.

—Tía, soy la hija de Ge Yukun —se presentó Weilong.

—¿Ha muerto? —le espetó entonces la señora Liang.

—Mi padre, afortunadamente, sigue con vida.

—Y ¿sabe que has venido a verme? —inquirió la señora Liang.

Al pronto, Weilong no supo qué responder.

—Por favor, vete cuanto antes. Si llega a enterarse, se armará una buena. No te conviene venir a mi casa, que puede estropear tu buena reputación.